



# ENRIQUE LISTER

## LAS TRINCHERAS DE LA GUERRA

FERNANDO LARA



Enrique Lister es seguramente el último de los "mitos vivientes" de nuestra guerra que faltaban por regresar a España. Mito para bien o para mal, enaltecido por unos y odiado por otros.

En una modestísima habitación de un modestísimo hostel del centro de Madrid, entre gritos de niños y olores de cocina, encuentro a Enrique Lister. "Es para todo lo que da el oro de Moscú", dice irónicamente, mientras una sonrisa —una de las escasas sonrisas de la entrevista— puebla por un momento su cara. El es seguramente el último de los "mitos vivientes" de nuestra guerra que faltaban por regresar a España. Mito para bien o para mal, enaltecido por quienes combatieron a su lado hasta el fin, cantado por Machado, Alberti o Serrano Pla; pero también odiado y temido incluso en las propias filas republicanas. Hoy quiere "utilizarse" al jefe del V Regimiento, a uno de los creadores del Ejército Popular, al general de tres países en la lucha contra el fascismo, sólo y en una única vertiente: su polémica frontal con Santiago Carrillo, aireada hasta límites demenciales. Pero Lister —sin desmentir ese profundo sentimiento anticarrillista— es también otras cosas mucho más significativas. Toda una concepción del comunismo, de la revolución; toda una experiencia de la guerra, de la lucha armada; toda una actividad política de más de medio siglo... A ese Enrique Lister que, con voz grave, bronca más bien, acusadora en ocasiones de sus setenta años, parece no arrepentirse de nada de lo que ha hecho (glorioso para unos; indigno para otros, en esa opuesta valoración que le acompaña siempre), se halla dedicado preferentemente el texto de esta entrevista:

**T** RIUNFO.—En sus "Memorias de un luchador", usted ha escrito: "No he tenido otra vida que el comunismo. Toda mi actividad, incluida mi propia vida familiar, fue y es la de un comunista". Pero, ¿cómo llegó al comunismo? ¿Fue una toma de conciencia personal, en cuanto que usted había sufrido la explotación de un proletario, o fue por una serie de influencias, de amigos, de ideas que estaban en el ambiente?

**ENRIQUE LISTER.**—Lo uno y lo otro, las dos cosas al tiempo. Está mi propia niñez, lo que yo había visto en mi Galicia natal, la explotación, las injusticias, el papel de las tres verdaderas fuerzas locales de

esa época: el cura, el cacique y el sargento de la Guardia Civil... Todo eso que yo había observado, que había sentido sobre mí mismo, fue creando en mí un estado de rebeldía. Y está, también, el contacto con otros obreros más avanzados, más preparados que yo.

"Un contacto que se produjo trabajando en Cuba (adonde había emigrado mi familia cuando yo sólo tenía once años), en las obras del Capitolio. Allí se organizaban ciertas reuniones, donde se hablaba de la Revolución rusa y de cosas de ese tipo... Yo asistía regularmente a ellas, me interesaba por las discusiones, hasta que un buen día me dijeron que había otro "escalón"



"El V Regimiento fue un ejemplo de organización militar; fue, en pequeño, el Ejército de una nación", dice Lister, al que vemos en la foto (segundo por la izquierda), junto al también comandante "Carlos".

por encima de esas reuniones y que si estaba dispuesto a militar en una organización comunista. Inmediatamente, yo dije que sí.

"¿Qué sabía yo en esa época de comunismo, qué sabía yo de teoría o de ideología, qué sabía yo de Marx, del que no había leído ni una palabra? Nada, no sabía nada. Pero sí había en mí un grado de rebeldía, una cierta experiencia de lucha sindical (llevaba ya cuatro años, desde los dieciséis, como delegado del Sindicato de Canteros), una aspiración de dirigente obrero, que me decidieron a enrolarme en el Partido Comunista de Cuba. Tenía yo entonces veinte años: eso pasaba en mil novecientos veintisiete.

T.—¿Y qué significaba ser comunista en mil novecientos veintisiete?

E. L.—Ser comunista en mil novecientos veintisiete, sobre todo en Cuba, bajo la dictadura de Machado, significaba realmente jugarse la libertad y jugarse otras cosas, pero cuando uno tiene veinte años todo eso es mucho más fácil de aceptar... El Partido Comunista de Cuba acababa de nacer, los fundadores eran dos estudiantes, Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena, que lo habían constituido en mil novecientos veinticinco. Calentaba todo eso la reciente Revolución de Octubre, que estaba allí fresca y comenzaba a dar sus primeros pasos.

"Luego, en mil novecientos veintiocho, tuve que salir de Cuba y comencé mi lucha como comunista en España. Cal preso, estuve en la cárcel, dedicándome a trancas y barrancas a organizar en Galicia el partido y a presidir el Sindicato de Oficios Varios de Teo-Ames y sus alrededores, cerca de Santiago de Compostela. Hasta que llega el doce de marzo de mil novecientos treinta y dos, en que hay un choque entre nosotros y los patronos, con un muerto y cinco heridos. Yo soy la cabeza visible de todo eso, y entonces el partido me saca de España: de Galicia a Madrid, de Madrid a París, de París a Berlín, y de Berlín a Leningrado, todo eso por conducto clandestino. En la Unión Soviética me incorporaron a los enviados del partido a la Escuela Leni-

nista, que era la escuela política de la Internacional Comunista; y allí estuve durante año y medio, junto a los quince o veinte compañeros que mandaba nuestro partido a cada curso. Después pasé a una Escuela Militar especial donde se estudiaban una serie de aspectos tácticos, manejo de cartas y de mapas, combate de calle, insurrección armada... Lo que me dio una base para tener unos ciertos conocimientos en cuestiones militares que tan decisivos iban a ser para mí al estallar la guerra civil española.

"Estuve en Moscú entre mil novecientos treinta y dos y mil novecientos treinta y cinco, y, junto a esa preparación político-militar, adquirí también una experiencia inolvidable: la de trabajar durante un año como barrenador en la primera línea del Metro de Moscú. Eran los días en que el socialismo se construía con cuatrocientos gramos de pan y con lo que llamábamos el "té blanco", que era simplemente agua hervida con un poco de azúcar o con un caramelo en la boca... Yo vi así el socialismo en la práctica, me sentí trabajando realmente en la construcción viva del socialismo.

T.—Durante esa etapa, concretamente en mil novecientos treinta y dos, usted participa en las reuniones del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista que finalizan con una serie de graves medidas respecto al Partido Comunista de España, entre ellas la expulsión de José Ballejos —secretario general— y otros importantes dirigentes...

E. L.—Sí, la discusión se produjo a causa de las discrepancias entre los delegados de la Internacional Comunista y la dirección del partido en torno a la situación española. El triunfo de la República había demostrado el completo sectarismo de la dirección del Partido Comunista de España. Un ejemplo: cuando el pueblo estaba feliz y encantado con su República —que bien cara le salió luego—, en el mismo catorce de abril, a la organización de Madrid, que era muy pequeña, cabían todos en dos camionetas, no se le ocurrió otra cosa que salir a la calle gritando "¡Esta no es nuestra República!". "¡Abajo la Re-

pública, vivan los soviets!", y cosas por el estilo... Claro, faltaron piedras para tirarles, porque eso era como un pelo en la sopa, una verdadera estupidez, no darse cuenta en absoluto de lo que aquello significaba: terminar con una dictadura militar, terminar con una monarquía feudal y proclamar una república, era un acontecimiento político de enorme importancia que el pueblo acogía alborozado.

"Pero la dirección del partido, completamente ectaria, no lo veía así. Y hubo ya verdaderos choques contra los delegados de la Internacional Comunista, que no es que hubieran descubierto la pólvora o que fuesen unos águilas, pero sí tenían una visión más clara de la realidad. Enfrentamiento que aumentó al mutilar la dirección del partido una carta de la Internacional fechada el mes de mayo, donde se criticaban toda una serie de aspectos de la actividad directiva del partido; carta que —como digo— dieron a conocer muy mutilada a los militantes.

"Yo tuve los primeros síntomas de lo que iba a pasar en Moscú

cuando llegué a Berlín procedente de España. Estaba en casa de Felipe Fernández Armesto (quien, años después, firmaría con el seudónimo "Augusto Assía" en diversos periódicos de aquí), que era miembro del partido y paisano mío, y pude presenciar una conversación entre el secretario general, Ballejos, y los miembros del Buró Político, Adame y Vega, donde hablaron de sus discrepancias con la Internacional. Conversaban delante de mí sin ningún reparo porque, seguramente, creían que yo —dirigente sindical en Galicia, hombre combativo y valiente como ellos también lo eran sin duda— tendría las mismas opiniones sobre la línea del partido. Nada de eso.

"Se abrió en Moscú la discusión con el secretariado de la Internacional Comunista. En este tipo de discusiones participaban también los que seguían cursos en la Escuela Leninista, pero los dirigentes españoles sostenían que sus opiniones no eran válidas porque, al estudiar allí, estaban manipulados por la Internacional. Entonces, ellos mismos se interesaron en que yo, que acababa de llegar a la Unión Soviética, expusiera mi parecer. Y así lo hice, con toda sinceridad, con toda honestidad, sin tomar ninguna prudencia sobre lo que se discutía, que me era desconocido. Claro, mi intervención fue lo contrario de lo que la dirección del partido (Ballejos, Adame, Vega y Trilla) esperaba y quería, porque yo condené los métodos que estaban empleando los mismos que me habían pedido que hablara...

"Pero la verdad, que quizá hasta hoy no se ha dicho, es que al acuerdo de la Internacional, después de dos meses de discusiones, no fue expulsar a nadie. Allí lo que se acordó fue un compromiso, según el cual Trilla, que era delegado de la Internacional Comunista, se iba a España a trabajar en la Editorial Europa (en que había intereses soviéticos); Vega iba a la Escuela Leninista; Adame quedaba como delegado de la Internacional, y Ballejos regresaba a España. Pero cuando se estaba preparando la marcha, se



Tras su separación del PCE, en 1970, Enrique Lister funda el Partido Comunista Obrero Español (PCOE), durante uno de cuyos actos públicos —en Francia— aparece sobre estas líneas.

## ENRIQUE LISTER

recibió en Moscú "Frente Rojo" —que era el órgano central del partido durante esa época—, con un comunicado en recuadro donde aparecía la crítica que los dirigentes habían sufrido... Es decir, en este aspecto la Internacional Comunista había operado también de manera poco correcta porque, mientras mantenía la discusión, aprovechó para introducir ciertos cambios en la dirección del Partido Comunista de España.

"Bullejos, Adame, Vega y Trilla [que no es que estuvieran solos, ahí estaban también Astigarrabía y Dores y otros varios, pero las discusiones se fueron reduciendo a ellos cuatro] firmaron entonces una carta pidiendo sus pasaportes. Y lo que realmente consiguieron fue su expulsión fulminante del partido... Tiempo después, Trilla volvió al Partido Comunista de España, durante la guerra cumplió la misión que tenía que cumplir, quedó en España en mil novecientos treinta y nueve, mantuvo una conducta honesta y correcta, y Carrillo lo hizo asesinar en el Campo de las Calaveras, en Madrid, por el grupo cristiano. En cuanto a Vega, volvió también al partido y en la guerra llegó a jefe de Cuerpo, fue detenido en Alicante al terminar la lucha y fusilado. Adame murió más tarde. Y Bullejos vive, anciano, en México, encuadrado en el Partido Socialista.

T.—*Al regresar usted a España en mil novecientos treinta y cinco, se encarga del llamado "trabajo antimilitarista" del partido en el seno del Ejército. ¿En qué consistía exactamente esta labor? ¿Qué influencia tuvo en la posterior negativa de muchas guarniciones a secundar el golpe de Estado del dieciocho de julio de mil novecientos treinta y seis?*

E. L.—Cuando volví clandestinamente a España, en septiembre de mil novecientos treinta y cinco, yo ya venía destinado —de acuerdo con Pepe Díaz, secretario general entonces del Partido Comunista de España, que había ido a Moscú al Séptimo Congreso de la Internacional Comunista— a hacerme cargo dentro del Buró Político de lo que nosotros llamábamos "trabajo antimilitarista", destinado a las Fuerzas Armadas de toda España. Mi misión consistía en organizar a los soldados, suboficiales y oficiales en un doble nivel: células del partido y comités de soldados antifascistas, que era una cosa ya más amplia, donde había comunistas y no comunistas. Dentro de mi trabajo —que yo ya había hecho en el verano del treinta y dos— figuraba también la publicación mensual de "El Soldado Rojo", que era nuestro órgano para los soldados, y la realización de octavillas para tal cuartel o tal otro. Y, por encima de todo, dar a ese conjunto de actividades una dirección determinada. Es decir, el partido designaba al encargado de ese trabajo, desligándole completamente de cualquier otra labor en el Partido Comunista de España. Porque hay que tener en cuenta que nosotros —sobre todo después de las elecciones de febrero del treinta

y seis, que dan el triunfo al Frente Popular— ya éramos un partido legal, un partido con diputados, y el trabajo en el Ejército había que hacerlo clandestinamente para que el partido no pudiera aparecer nunca comprometido en descomponer las Fuerzas Armadas.

"Sin duda de ninguna clase, todo este "trabajo antimilitarista" cumplió una misión muy positiva. En Madrid mismo, si toda una serie de cuarteles no se sublevaron y si en otros intentaron sublevarse y fueron aplastados el dieciocho de julio de mil novecientos treinta y seis, ello fue gracias a la existencia de nuestras organizaciones antimilitaristas dentro de esos cuarteles.

T.—*Pese a todo, estalla el levantamiento militar que da origen a la guerra civil. Y el nombre de Enrique Lister empieza a ser conocido, sobre todo a partir de su paso por la jefatura del quinto Regimiento...*

E. L.—Al producirse el levantamiento, yo consigo del coronel Gil —que era el jefe del Depósito de Artillería— la entrega de fusiles. Participo en la organización del asalto al Cuartel de la Montaña y ayudo a evitar que se subleve el cuartel Wad-Ras número uno, en Pacífico, el único foco rebelde que nos quedaba. Allí mismo se organiza una columna con soldados y, sobre todo, obreros del Puente de Vallecas, con la que yo parto el día veintitrés de julio hacia la sierra de Guadarrama. Voy como comisario político —mi primer cargo en la guerra— de esta columna que mandaba el capitán Beneyto. Y tras los primeros combates en Guadarrama, allí mismo los soldados me eligen su jefe y me nombran teniente. Comienza mi vida militar.

"Claro, en este período había un problema para mí: yo tenía muchos más conocimientos militares que coroneles, comandantes, capitanes... sobre todo para un tipo de combates desiguales, de luchas en la calle o cosas de este estilo, para los que me había estado preparando durante catorce meses en una escuela especial de Moscú. Pero yo no podía decir que tenía estos conocimientos profesionales, situación en la que también se encontraba Modesto. Y durante nuestra guerra todo el mundo creyó que era un prodigio de intulción el que aquel cantero o aquel carpintero mostrasen una sabiduría militar que parecía caída del séptimo cielo...

"Después, a finales de septiembre, estando yo en el frente de Talavera, concretamente en Santaolailla, vinieron a buscarme del Buró Político para comunicarme que el partido había decidido que yo tomase la jefatura del quinto Regimiento, lo que hice inmediatamente. El día de octubre de mil novecientos treinta y seis aparecería el decreto de Largo Caballero creando las seis primeras unidades del Ejército Popular, y a mí se me encargó la organización y jefatura de la primera de ellas, en la que integré cuatro batallones del quinto Regimiento. Del que seguí siendo jefe hasta su disolución, en enero de mil novecientos treinta y siete, que se hizo pública en un acto celebrado en el cine Goya, de Madrid, donde —bajo la presidencia del coman-

dante Ortega— habló Dolores, habló José Díaz y hablé yo. Ahí terminó el quinto Regimiento.

T.—*Entonces, ¿cuál fue la significación del quinto Regimiento? ¿Qué aportó a la lucha contra el fascismo?*

E. L.—El quinto Regimiento fue, sin ninguna duda, un ejemplo de organización militar; fue, en pequeño, el Ejército de una nación. Nosotros teníamos todo lo que le corresponde tener a un Ejército: Intendencia, Sanidad, nuestra escuela, todos los servicios necesarios. El quinto Regimiento llegó a contar a lo largo de su existencia con unos setenta mil hombres, de los que la mayoría no eran comunistas (habla de la UGT, de la CNT, no militantes en ningún partido, militantes profesionales), aunque el PCE sí era, en cuanto a grupos, el más fuerte de todos. Respecto a su composición social, el porcentaje mayor era de obreros, luego había cantidad de campesinos, había intelectuales, había profesionales... El quinto Regimiento alcanzó una gran actividad, tenía su comisariado, tenía su periódico, tenía relaciones internacionales... Fue un lugar donde encontraron apoyo los intelectuales, los sabios, el quinto Regimiento se preocupó de esas cosas de las que no se preocupaba el Gobierno, tuvo esos hombres que andaban a la deriva, como Machado, como Garrido Ortega, todos esos sabios, todos esos poetas; nosotros nos encargamos de darles una salida a estos hombres... De entre todos ellos, los que eran jóvenes siguieron con nosotros, de ahí surgió mi "Batallón del Talento", como cariñosamente lo llamábamos, que no era realmente un batallón, pero que hizo toda la guerra conmigo. Allí estaban Herrera Peters, Miguel Hernández, Adolfo Sánchez Vázquez, y tantos y tantos poetas, escritores, escultores, como "Compostela"; músicos, como los que —eran nada menos que setenta— componían la famosa Banda del quinto Regimiento, dirigida por el maestro Oropesa... Toda una serie de intelectuales que sacaban nuestros periódicos, hacían nuestra propaganda y que me siguieron a través de todos los frentes y lugares.

"En definitiva, yo pienso que el quinto Regimiento (y la posterior creación, fortalecimiento y desarrollo del Ejército Popular) ha sido una de las mayores aportaciones del Partido Comunista a la lucha del pueblo español contra el fascismo.

T.—*En ese caso, ¿por qué fue disuelto el quinto Regimiento?*

E. L.—Cuando disolvimos el quinto Regimiento, ya no existía en realidad, lo habíamos liquidado. Desde que Largo Caballero, como ministro de Defensa, publicó el diez de octubre de mil novecientos treinta y seis el Decreto que antes he citado, empezamos ya esa liquidación. Porque nosotros hablamos venido luchando por un Ejército regular, y todo nuestro esfuerzo se dedicó entonces a eso. Y si pusimos de nuevo en marcha el quinto Regimiento al mes siguiente, fue exclusivamente porque teníamos la desbandada de los mandos militares si el enemigo entraba en Madrid, y estábamos dispuestos a defender con el quinto Regimiento hasta la última piedra de la capi-

tal... Pasó ese momento de peligro de noviembre de mil novecientos treinta y seis, por lo que ya emprendimos definitivamente la liquidación. El acto de enero en el cine Goya fue, entonces, puramente simbólico, porque el quinto Regimiento ya había dejado realmente de existir.

"No se podía hacer otra cosa. Frente a los que, como la CNT, querían mantener a toda costa las milicias y las columnas, nosotros deseábamos un Ejército regular, un Ejército popular, que velamos imprescindible. El Norte, por ejemplo, terminó —y bien jodidamente— la guerra sin haber llegado a tener un verdadero Ejército; ahí seguían existiendo las milicias de los nacionalistas vascos, las milicias del "Gobernín" de Asturias, las milicias de esto, las milicias de aquello... y ya se vio cuál fue el resultado, tan desastroso. Y Aragón también tardó mucho. De cualquier forma, cuando ya en Madrid había un Ejército que ganaba batallas en campo abierto al enemigo —como el Jarama, como Guadalaajara—, no tenía ya ningún sentido el seguir manteniendo el sistema de milicias o de columnas.

"Aunque yo todavía tengo mis dudas sobre si por nuestra parte no ha habido exageraciones que contuvieron ese empuje popular que tenían las milicias. Hubo demasiados corrales, demasiados uniformes, demasiados signos exteriores... No sé si, en nuestro sueño de conseguir un Ejército popular, no dimos una excesiva importancia a toda esa serie de cosas... no sé.

T.—*Usted ha citado el caso de Aragón, donde efectivamente hubo una especial resistencia a integrarse en el Ejército regular. Esa misión le correspondió a usted —la disolución del Consejo de Aragón, especialmente—, y desde entonces no parece que los militantes de CNT-FAI le recuerden con especial cariño...*

E. L.—Mira usted, en lo militar yo no tuve demasiados problemas en Aragón; me entendí bien con jefes como Vivanco, de la vigésimo quinta División, que era anarquista, y con otros muchos he sostenido muy buenas relaciones. Con algunos no, claro; recuerdo el caso de Ortiz, jefe de una de las Divisiones, que era un verdadero bandolero; se dedicaba a robar a los campesinos sus productos, sobre todo el azafrán, para venderlos en Francia y conseguir una fortuna... Con gente así desde luego que yo no podía tener ninguna relación.

"Pero toda esta historia de Aragón se produjo fundamentalmente con toda una serie de dirigentes anarquistas que quisieron hacer allí su experimento colectivizador: la República anarquista independiente de Aragón. Que, en la práctica, era una verdadera dictadura, en algunos casos más férreo que la dictadura del otro lado. Por eso se explica que en vez de pasarse de la otra zona a la nuestra, muchos simples campesinos aragoneses hiciesen el trayecto contrario...

"Pero eso mismo pasaba a las puertas de Madrid, en el Sur del Tajo, en toda esa región de Mora de Toledo, Gálvez... Ahí estaba la columna Uribarri —que era el jefe de la Guardia Civil local— implantando una verdadera dictadura terrorista, por lo que todos los días campesinos de esos pueblos, que tenían que sufrir en nuestra zona salarios

de diez pesetas, se pasaban al lado enemigo. Yo llegué allí en mayo de mil novecientos treinta y siete y terminé con todo eso. Hubo que crear un tribunal en Mora de Toledo y tomar algunas medidas muy duras, muy serias... Luego me acusaron de que si yo había fusilado y tal y cual; y yo he respondido que sí, que yo he fusilado, y que estoy dispuesto a hacerlo cuantas veces haga falta. Porque —contastaba a las acusaciones— yo no hago la guerra para proteger a bandidos ni para explotar a los campesinos; yo hago la guerra para que el pueblo tenga libertad.

T.—¿Nace de hechos como éste la fama de dureza que usted tenía dentro incluso de la zona republicana? Se hablaba de su extrema rigidez, de su exigencia de disciplina hacia sus propios hombres...

E. L.—La dureza de Lister... ¡qué historia! Fijese bien: no ha habido una sola unidad en nuestra guerra donde los heridos, después de estar en los hospitales, pidieran volver —como ha sucedido con muchos de mis hombres— al mismo Cuerpo en el que habían sido bajas. Soldados míos, incluso, ante la duda de ser mandados de nuevo a las cajas de reclutamiento, se fugaron de los hospitales sin terminar de curarse para regresar a nuestras unidades. Porque en mis unidades había un verdadero espíritu de Cuerpo; en ellas se fumaba siempre, mis soldados tenían habitualmente ración doble, porque todo lo que yo conquistaba al enemigo no lo mandaba a la Intendencia de retaguardia, sino que lo empleaba en reforzar el rancho de mis hombres..., había espíritu de Cuerpo.

"Ahora bien, efectivamente, ellos sabían que el que chaqueteaba se la jugaba. Sabían que atacando, avanzando, defendiendo las posiciones, se jugaban la vida, pero tenían la posibilidad de morir o de salvarse. Y también sabían que chaqueteando, tenían muchas posibilidades de no salvarse... Puedo decirle que en mis unidades ha habido bajas, muchas bajas, pero comparativamente, teniendo en cuenta las batallas en que han participado, hubo muchas menos bajas que en otras unidades. ¿Y sabe por qué? Pues porque las bajas, fundamentalmente, se producían en las retiradas, no en los ataques...

"Y es que yo creo que si hay que hacer la guerra, hay que hacer la guerra. Yo por no hacer, ni hice el servicio militar, y por hacer, hasta he dirigido la actividad guerrillera del partido. Ahora, cuando he tenido que hacer la guerra, la he hecho hasta el final, sin componendas ni pretextos. Y estoy seguro de que mis hombres lo comprendían así, como me lo siguen demostrando cuando me encuentro con alguno de ellos en los sitios más dispares del mundo.

T.—Una vez finalizada la guerra civil española, usted llega a ser general de los Ejércitos soviético, polaco y yugoslavo. ¿Cómo se llega a ser general en tres países distintos?

E. L.—Bueno, cuando termina la guerra yo voy a la Unión Soviética, donde ingreso en la Academia Militar Frunze junto con otros veintisiete españoles. En ese momento, yo era coronel del Ejército soviético —pues ése era el grado con el que salí de España, que me fue allí reconocido—, con el tratamiento de jefe de Cuerpo. Mientras desarrollaba en la Frunze, que es la Acade-



Lister, de nuevo con el comandante "Carlos" (Carlos Contreras), en los días de defensa de Madrid. "El V Regimiento se disolvió como un paso imprescindible para la formación del Ejército Popular", afirma el que fue su jefe.

mis Superior del Ejército soviético, un curso de tres años de estudio, se produjo la agresión alemana contra la URSS. Entonces, la Academia se transformó inmediatamente debido a las necesidades de la guerra: pasa a ser un centro de seis meses para oficiales hasta el grado de capitán, y otros compañeros y yo nos convertimos de alumnos en profesores.

"Luego fui ascendido a general y participé en la guerra contra el nazismo como jefe de una de las Divisiones del Ejército polaco creado en la URSS, en el que soy —por tanto— general, sin dejar de ser al mismo tiempo general soviético. Hasta mil novecientos cuarenta y cuatro, el siete de noviembre exactamente, en que se decide —por algo que explicaré en el segundo tomo de mis "Memorias" que yo salga de la URSS y me traslade a Yugoslavia, donde paso a ser general del Ejército yugoslavo. Y, posteriormente, paso a Francia para dirigir toda la actividad guerrillera hacia España. Pero todos estos que quedan hasta hoy ya los contaré despacio en ese segundo tomo de "Memorias de un luchador" (1).

T.—Salvo el período mil novecientos cincuenta y uno-mil novecientos cincuenta y seis, en que vive en Praga para facilitar la llegada de refugiados españoles a los países socialistas del Este de Europa, entre mil novecientos cuarenta y cinco y mil novecientos sesenta, usted reside en París dedicado prácticamente por completo al Partido Comunista de España...

E. L.—Sí, completamente. Desde marzo de mil novecientos treinta y siete, yo era miembro del Comité Central del PCE. Nueve años después, en junio de mil novecientos cuarenta y seis, soy elegido miembro del Buró Político del partido,

(1) El primer tomo de las "Memorias" de Lister ha sido publicado este mismo año por Gregorio del Toro Editor, Madrid.

pero lo que es ineludible —insisto— es que la clase obrera tenga su propio partido, y lo tendrá. Nuestra aspiración es ser la base de ese partido; las etapas a través de las que vamos a llegar a él, eso ya es otro problema. Porque hoy el PCOE no es todavía ese partido del proletariado desde el punto de vista numérico de fuerza, de medios, eso lo reconocemos; pero, en cambio, sí lo es desde el punto de vista de la ideología y de los principios.

T.—Ese partido, según usted, "retomará la línea del PCE de José Díaz"...

E. L.—No es que la retome, sino que es la continuación del veterano Partido Comunista de España que Carrillo ha destruido. Carrillo ha destruido ese partido, ese partido no existe, eso que Carrillo llama PCE no es el PCE, eso es una amalgama de gente, que tiene su propia política, una política de colaboración de clases, "eurooportunista", que usurpa el nombre del Partido Comunista de España. Por eso nosotros protestamos y protestaremos siempre cuando Carrillo aparece como el representante de los comunistas españoles. Porque la inmensa mayoría de los comunistas españoles vomitan con Carrillo. La inmensa mayoría de los comunistas españoles, o están en esos veintitantos o treinta partidos llamados comunistas que —fuera del PCE— hay ahora en España, con unos aditamentos u otros, entre ellos el nuestro, o —todavía muchísimos más— se han ido a sus casas, no han renegado porque son gente honesta, pero desmoralizados y desengañados, se han ido a sus casas. Esta es la realidad. Hay miles y miles de comunistas que no militan en ningún sitio, que han militado, que han dado lo mejor de sus años y de sus vidas por esas ideas comunistas, pero que ahora están esperando la llegada de un verdadero partido marxista-leninista.

"Eso no quiere decir que nos vayamos a dirigir sólo a los "veteranos": nuestro esfuerzo principal está dirigido a la nueva generación, a esa inmensa cantera de donde han de salir los militantes y los dirigentes. Estoy seguro de que nuestro próximo Congreso, que se celebrará antes de fin de año, será un fiel reflejo de ello.

T.—Terminemos con una pregunta "obligada": ¿Qué sensaciones ha tenido al volver a España después de casi cuarenta años de exilio?

E. L.—Aunque todavía es pronto para haber percibido todas las sensaciones, creo que lo principal es que por fin se ha hecho realidad el sueño de estos cuarenta años, que se ha cumplido de una vez ese brindis con que terminaban todos los treinta y uno de diciembre, pidiendo que el próximo año fuese el del regreso... Me he encontrado con mi hermano y mi hermana, a los que no había visto desde mil novecientos treinta y seis, me he encontrado con un sobrino que no conocía, cuyo padre ha muerto ya... Tantas cosas que hacen que las lágrimas salten de emoción. Pienso que todavía me esperan muchas y muy fuertes. Porque quiero ir a los lugares donde he combatido, a recordar..., no para abrir las trincheras de la guerra, ¡están bien cerradas! ¡que queden bien cerradas para siempre! ■ F. L. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.